



—“Sí, sí, a veces se ve su sombra cuando el agua está límpida, el cielo claro y el sol a conveniente altura— afirmó Juan”.

La Sombra del “Dresden”

Por Ricardo VALENZUELA

Apenas obscureció en el Océano Pacífico, Juan el pescador vino a buscarme en un bote para que fuésemos a casa de Tomás, el otro pescador, que poseía un mapa de la isla donde estaba señalado con toda exactitud el lugar donde fue hundido el crucero alemán “Dresden” en marzo de 1915.

En la sala de cartas de la goleta, mejor dicho, sobre la mesa, en la cámara del patrón, yo había visto ya la carta de la isla y, por supuesto, debidamente indicado el sitio en que yace el "Dresden" a unos sesenta metros de profundidad y cuatrocientos de distancia de la playa en bahía Cumberland. Pero no quise defraudar a Juan y acepté que fuéramos a ver a Tomás.

—Eso sí —me dijo Juan cuando nos acercábamos a la escalera para bajar a su embarcación— que usted deberá darme quinientos pesos porque el bote no es mío sino de Alcibíades, y yo se lo he arrendado por esa suma para venirlo a buscar a usted esta noche.

La débil luz que alumbraba el portalón se esparcía y penetraba en el agua de un verde cristalino.

Un cardumen de peces pequeños pasaba frente a la escalera moviendo graciosamente sus colas y aletas, como si estuviesen en un acuario. Un hombre, acodado en la borda, pescaba tranquilamente.

—Porque ha de saber usted, señor —continuó Juan al acomodarnos en el bote— que Alcibíades tiene muchos hijos y como no le alcanza con lo que gana en la langosta, mientras duerme, por la noche, alquila el bote para que siga produciendo.

A mí, mientras contemplaba los peces, me pareció muy bien el procedimiento de Alcibíades. Y partimos, bogando, bajo la noche que se desplegaba encima.

La noche en Juan Fernández es imponente.

Una que otra lucecilla se divisaba en la población de San Juan Bautista; el guiño del faro cada quince segundos; una lámpara vacilante colgada en el muelle y atrás, dominándolo todo, la mole imponente de "El Yunque", como un fantasma azulado sobre el fondo del cielo negro y profundo, tachonado de brillantes estrellas.

Disfruta uno plenamente de la gran noche oceánica.

Porque las islas en general son tierras cuya atmósfera difiere bastante de lo que realmente es la tierra, y se asimilan e impregnan de la existencia y las cosas del mar.

Sabe uno que aquello es solamente un puñado de rocas y que a la redonda, en muchas millas, sólo existen el oleaje, las espumas y el viento.

Llegamos al muellecito de madera crujiente y derruido y Juan amarró calmadamente a uno de los pilares el bote de Alcibíades. Colocó cuidadosamente los remos debajo de las bancadas, paralelos a la quilla y embolsicó los quinientos pesos (*).

Después encendió un cigarrillo, dio desde arriba una última mirada a la embarcación que se balanceaba mansamente, y empezamos a caminar por el pueblecito de San Juan Bautista, oscuro y desierto, como tal vez lo harían los españoles o los corsarios ingleses en noches como éstas hace doscientos años.

Y al andar, de cuando en cuando introduce uno el pie en un arroyuelo y siente que el agua le alcanza hasta la rodilla.

(*) De esto hace ya años.

—Es que hay que fijarse y pisar en los puentes— me reprocha Juan—. Aquí hay muchos arroyos y puentes.

En la obscuridad yo no sólo no veía a Juan, sino que tampoco daba con ningún puente, pues consisten nada más que en un tablón y son muy estrechos.

“Por lo demás —me decía a mí mismo— ninguno de estos percances tiene importancia junto al hecho de marchar al lado de un desconocido isleño en este insignificante pueblecillo del mundo, rodeado de toda la inmensidad del Pacífico en busca de un viejo mapa que nos mostrará el lugar exacto donde yace un valeroso buque de guerra hundido en acción, cuarenta y cinco años atrás, y cuya sombra a través de las aguas quizás podamos vislumbrar”.

—Porque ha de saber usted, señor, que Tomás jamás ha querido mostrar este mapa suyo a los turistas. Claro que en el caso de usted...

Ladraban los perros en los jardines.

Se oía el susurro del mar en la playa más próxima; el deslizarse fugazmente entre los arbustos de algún animalejo nocturno; la suavidad del viento entre las arboledas, el rumor no muy distante de algunas vertientes... y nada más.

La gente dormía tras las ventanas herméticas que en el día había visto pintadas de verde, azul, amarillo. Gentes que sin duda, a estas horas, en sus sueños, vagaban lejos de su isla...

★

Llegamos por fin al domicilio de Tomás.

Era evidente que Tomás nos estaba esperando. Porque apenas escuchó nuestros pasos y la imprecación de Juan —que no obstante su antigua residencia en la isla no vio el último puente— salió a alumbrarnos la senda con una lámpara a parafina y nos hizo pasar un poco misteriosamente al interior.

¡Qué sabor de aventura tomaba el asunto!

En todas las islas con tradición debieran organizarse andanzas como ésta.



Hay siempre un delicado aroma de flores y vegetación húmeda.

Penetramos sintiendo que nuestra curiosidad se avivaba. La noche tranquila exhalaba un há'ito húmedo y fresco.

Sobre la mesa humeaban tres tazas de café y otra lámpara a querosén. Por una ventana abierta penetraba el olor del jardín. En la habitación vecina, separada por un tabique empapelado con diarios amarillentos, loraba un niño de meses.

Sin duda Tomás como Alcíbiades, a quien Juan había arrendado el bote, tenía también mucha familia.

En el suelo divisé una muñeca descuartizada y otros juguetes deteriorados. Más allá un gato dormido que no se dignó levantar la cabeza ante el ruido que hicimos los huéspedes. Seguramente estaba acostumbrado a las visitas nocturnas, al mero-dear de los niños, al llanto de la guagua...

—El señor, que llegó en la goleta, quiere que le muestres el mapa —dijo Juan a Tomás, estrujándose el pantalón empapado.

—¿Quiere reflotar el "Dresden"? —inquirió Tomás.

—¡No, absolutamente! Quería nada más...

—Ah —murmuró el dueño de casa alzando los hombros—, se pierde usted un tesoro. Sólo en cañones y planchas de acero...

—Sí, seguramente... Pero es que yo soy solamente un marino de espíritu... uno que de cuando en cuando se embarca en goletas u otros buques por pura afición... por placer, por navegar. No necesito para nada el "Dresden" ni lo que se pudiera sacar de él. Lo que me interesa es comprobar si se vé su sombra, allá en el fondo, como aseguran los pescadores... Es una especie de peregrinación sentimental... Conozco los lugares en que este navío se escondió rehuyendo a los ingleses en los canales de la Tierra del Fuego. Es sólo un afán romántico, nada más.

—Sí, sí, a veces se vé su sombra cuando el agua está límpida, el cielo claro y el sol a conveniente altura —afirmó Juan. —Hace años estuvo aquí un sobreviviente de los que se quedaron a vivir en Valparaíso cuando se acabó la guerra. Permaneció largo rato mirando el agua desde un bote en el lugar preciso del hundimiento. Era una linda y soleada mañana. Después se fue al cementerio de San Juan Bautista, donde está la tumba de los tres camaradas que murieron en el combate.

—Mañana podremos entonces...

—Sí, seguramente. Todos estos días han sido despejados y ha estado soplando el surweste. ¿Quiere ver el mapa?

Deslizar una mirada sobre el mapa de Alcíbiades agregaría otro poco de exotismo al peregrinaje, aunque ninguna novedad sobre la ubicación del buque.

—Bueno, quiero verlo.

Tomás lo desplegó sobre la mesa para que le diera de lleno la luz de la lámpara que de vez en cuando vacilaba a causa de la brisa que penetraba por la ventana abierta.

Juan la cerró.

Los tres nos inclinamos sobre el mapa que era una reproducción calcada y retocada con tinta que parecía antigua de la carta de navegación que poseen todos los buques que llegan a la isla. Un calco sobre papel amarillento y rugoso como un pergamino...

De todas maneras me mostré admirado y afirmé que el documento debía tener muchos años e inapreciable valor.

—Algunos turistas me lo han querido comprar —reveló Tomás con orgullo. Y lo dobló y guardó nuevamente en el velador.

En seguida Juan me llamó aparte y me comunicó que debíamos pernoctar en casa de Tomás. Y que como la señora de Tomás acababa de tener otro hijo y por consiguiente más gastos, sería conveniente pagar el café que habíamos consumido mientras estudiábamos el mapa.

También me pareció esto muy razonable.

Tomás, por su parte, agregó que si su mujer no acabara de tener este nuevo hijo que se llamaría Heriberto en cuanto viniese a la isla un capellán de la Armada a bautizar a los niños y a casar por la Iglesia a los que no hubieran tenido oportunidad de hacerlo, el café habría sido absolutamente gratuito.

Le agradecí y repuse que el deber de todo marino, aunque se tratara de un marino aficionado, era pagar oportunamente las atenciones que se le brindaban en los puertos cuando éstas no eran invitaciones y sí derivaciones de los deseos de uno mismo.

Por lo tanto, puse sobre la mesa algún dinero diciendo que era una contribución modesta, aunque llena de afecto, para el bautizo del futuro Heriberto, ya que para entonces no me encontraría en la isla.

Tomás vaciló un poco antes de recoger el dinero. Juan, dándonos la espalda, contemplaba la noche desde la ventana que había abierto de nuevo. Se veía un retazo de cielo estrellado como el que pintan en algunas iglesias para la Navidad. La suave corriente de aire disipó el humo de la lámpara y de los cigarrillos que habíamos fumado.

—Mañana habrá un espléndido día —vaticinó al fin Juan, mientras el dueño de casa bajaba la mecha de la lámpara que estaba muy alta y por eso humeaba.

Más tarde me indicaron un diván ancho y cómodo con mantas para cubrirme, y Tomás y Juan abandonaron la estancia para que yo pudiera dormir. Apagué la lámpara y pronto cayó sobre la estancia un gran silencio. De espalda en el diván, apenas cubiertos los pies con las mantas porque la noche era tibia, gozaba de ese silencio oceánico interrumpido apenas por los murmullos del jardín y algo del suave oleaje que moría en la playa de piedras redondas, no muy lejana.

¡Qué agradable reposo!

A mi alrededor había millas y millas de océano inmenso y solitario bajo la cúpula celeste donde titilaban los astros.

A bordo no había pensado en esto. Quizás porque la naturaleza del alojamiento era distinta. El camarote era estrecho, estaba impregnado de una atmósfera caliente y se esparcían por todas partes los olores del buque. Además crujía el aparejo, crujían las maderas; alguna puerta bandeaba y sentía sobre el techo los pasos acompasados de alguien que hacía su guardia sobre cubierta.

Acá era distinto.

Por la ventana que dejé abierta penetraba un delicado aroma de flores y vegetación húmeda. Veía mecerse las ramas de un árbol sobre el fondo de la noche y sentí un grato relajamiento en todo el cuerpo, saludable y propicio para el descanso.

Apreté el último cigarrillo sobre la concha marina que servía de cenicero en la mesita vecina y me apresté a dormir...

Pero no pude hacerlo.

El niño que se llamaría Heriberto empezó a berrear y este berreo duró el resto de la noche. Por otra parte, el gato, que debía ser el usuario habitual del diván, se acomodó con desparpajo al calor de las mantas y ya no se retiró. Al último me resigné y acepté su compañía. ¿A qué molestarlo cuando al fin el causante de mi insomnio no era otro que el llanto del pequeño Heriberto?

Al día siguiente, temprano, vino Juan a buscarnos.

Tomás, que había salido mucho antes al jardín, me ofreció una tina de madera llena hasta los bordes de agua fresca y cristalina para que me zambullera, y después su mujer nos sirvió el desayuno sobre la mesa donde la víspera examinamos el mapa y que ahora aparecía cubierta por un limpio y planchado mantel de cuadritos azules.

Pero el día estaba cubierto y las nubes bajas tapaban la mitad de "El Yunque". El aire estaba húmedo y se enfriaba por momentos. El mar como extensa lámina de plomo aparecía ante nosotros, gris e inmóvil.

Me despedí cordialmente de la mujer de Tomás, acaricié las mejillas rosadas del futuro Heriberto y pasé la mano por el lomo del gato que se arqueó y runroneó con tono amistoso, quizás agradecido de la buena noche que había pasado compartiendo el calor de mis mantas.

—¡Adiós, señora; exquisito su café y muy hermoso su niño!

—Muchas gracias, señor, y que tenga suerte... Ojalá que pueda ver ese buque...

Y partimos, Juan, Tomás y yo.

Fuimos al muelle y nos embarcamos en el bote de Alcibíades que hube de arrendar por segunda vez en quinientos pesos a Juan, pues resultaba ahora que el invisible Alcibíades había trabajado toda la noche y resuelto dormir en el día.

Los dos hombres a los remos y yo al timón, pusimos proa directamente al lugar del hundimiento del "Dresden", pero casi en seguida se precipitó la niebla. El mar no se había enfriado del todo y el surweste, aunque con muy poca fuerza, se sentía muy frío.

Luego, no pudimos ver nada. Ni siquiera logramos darnos cuenta si pasábamos o no sobre el punto en que yace el navío.

La neblina cada vez más espesa no sólo impedía cualquier observación a través del agua pesada y plomiza, sino que también se tragaba la goleta en que yo había llegado al archipiélago, "El Yunque", la costa, en fin, todo cuanto nos rodeaba.

—¡Es la gran niebla oceánica!— exclamó Juan con gravedad.

A la una del día, Tomás sugirió que lo mejor que yo podría hacer, sería regresar a la goleta, que zarparía a la isla de Más.

Afuera para embarcar otra partida de langostas a eso de las dos de la tarde.

No me pareció mal la idea de Tomás, sobre todo porque ya empezaba a sentir deseos de almorzar.

Nos dirigimos, pues, hacia la goleta y al pie de la escalera nos despedimos.

Unas figuras difusas se movían en la cubierta preparando el aparejo para el zarpe. Subí rápidamente. Todo estaba húmedo.

—¡Será para otra vez! —me gritó Tomás de pie en la mitad del bote y sujetándolo con un bichero enganchado al pasamanos de la borda.

—Sí, sí, entonces tal vez habrá tiempo claro y podremos ver la sombra del "Dresden"... Saludos a la señora... A Alcibíades que para entonces, supongo, estará visible... Al futuro Heriberto, al gato...

Juan subió detrás de mí y me acompañó hasta el puente. Ahí me insinuó:

—Debía usted mandarle unos pesos por el alojamiento a Tomás. Son pobres. Creo que por noviembre ella va a tener otro niño. Ya falta poco...

La sugerencia la encontré justa.

—Sí —respondí en voz baja—, podría enviarle otros quinientos...

Juan los recibió y se dirigió a la escalera dándome las gracias.

Poco después la goleta levó anclas. Las velas flácidas y mojadas no tomaban viento. Bajo la cubierta runruneaba el motor.

Cuando nos distanciábamos de Más a Tierra hacia el weste, en demanda de Más Afuera, el patrón gritó al contraamaestre:

—¡Eh, tú, Víctor! ¡Esta niebla no cede! ¡Pon un hombre a proa, por si acaso!

Y luego volviéndose a mí e invitándome a bajar a su cámara:

—¿Y qué andaba haciendo usted en ese bote descubierto con esta humedad?

—Algo muy entretenido, capitán...

